# ***LLOVÍA SIN QUERER***

Llovía sin querer. Caían gotas tan finas que eran casi imperceptibles, ni siquiera producían sensación de humedad sobre el rostro, a pesar que el otoño estaba bastante entrado. La gente se cansaba de abrir y cerrar los paraguas pensando que ya había dejado de llover. Los faros de los coches sometían a un interrogatorio al agua que convertía los pasos de cebra en trampas deslizantes de cierta categoría. El contraste cristalino en el fondo de las ventanas era inequívoco: continuaba el calabobos, pese a que Alberto Negro, que se estaba mojando, no se considerase como tal; todo lo contrario, tenía una gran imagen de sí mismo. Le encantaba imaginarse con una visión cenital cuando dibujaba planos de edificios en Autocad, mirarse en el espejo probándose un abrigo nuevo que seguía los últimos dictámenes de la moda o leerse cuando escribía artículos de opinión en el Heraldo que versaban sobre aspectos arquitectónicos y urbanísticos de la ciudad. Alberto jamás habría reconocido en público este narcisismo, o quizá lo hubiera hecho delante de algún amigo suyo, cuando los efectos del vino lo hubiesen transportado a ese estado de irrealidad en el que le parecía que todos los movimientos eran más livianos y estaban dotados de mayor elegancia, claro que a veces rebasaba ese estado de embriaguez sutil y acababa haciendo revelaciones más comprometedoras de lo que le gustaba, entonces se ponía a hablar de Natalia.

Le había contado detalles de Natalia tras alguna comida de negocios a Pablo Rojo, su socio en el despacho de arquitectos Rojo y Negro, nombre que seguro tuvo algo que ver en la consecución del proyecto de la reforma del Museo Stendhal en Parma.

Con quienes conversaba de una manera más reiterativa sobre Natalia era con Robredo y J.J.. El primer jueves de cada mes quedaban a comer potentes arroces caldosos y platos elaborados con verduras. J.J. vivía en un tercer piso del casco antiguo, cercano a la desaparecida imprenta Blasco. Los marcos de sus puertas eran blancos así como sus rodapiés. El parquet del suelo estaba desgastado, hacía varios años que

necesitaba que se raspase y encerase de nuevo, mucho antes de que J.J volviese de su destino profesional en el Bierzo. Como un ritual iniciático abrían las dos botellas de vino que se iban a consumir durante la reunión gastronómica. Vertían su contenido en sendos decantadores para permitir que el oxígeno acariciase los caldos envejecidos por los robles centenarios. Mientras el vino se adecentaba para su cita con sofisticadas creaciones recién extraídas de la vega del Ebro, ellos dialogaban, sobre todo Robledo que tenía verbo fácil; verbo, sustantivo y adjetivos, porque había que llenarle su vaso globular de Burdeos para poder meter baza.

Tras la comida abundante J.J y Robredo se sentaban en un sofá de cuero raído en los reposabrazos y Alberto hacía lo propio sobre un vetusto orejero, que se había convertido en uno más de sus confidentes. Entonces para acompañar un panqueque de Fantoba se pimplaban más de tres cuartos de botella de algún licor con fiebre, todo lo que tenía menos de treinta y siete grados era vetado en las sobremesas, a excepción del aniversario de la muerte de Pessoa en el que se permitía el oporto.

El primer día que Alberto les habló de Natalia, los gestos, las miradas de los tres carecían de sobriedad, Robredo incluso carecía de mirada porque tenía cerrados los párpados y daba toda la impresión de haberse quedado dormido tras haber pronunciado diecisiete veces la palabra garnacha, catorce veces la palabra excepcional, doce veces *cabernet sauvignon*, nueve veces V.S.O.P. y siete veces la palabra sueño.

Alberto dio un sorbo largo, profundo de *Armagnac*, de los que se pega la lengua al paladar como un acto reflejo y comenzó a hablar de Natalia, de la Natalia de la primera época, de cuando se habían conocido en Barcelona en su último año de estudios universitarios, pese a haber nacido ambos en Zaragoza y vivir en la misma calle del Arrabal durante casi veinte años. Esa primera confesión le llevó a nombrar a Bernat, un compañero de Arquitectura, pobre impenitente como él, que había elaborado una extensa lista de actividades de coste cero o por lo menos asequibles para sus economías raquíticas. La primera tarde de un sol que se hacía rogar tras los desasosegante bises del invierno cansino Alberto decidió poner en práctica el punto diecinueve de la lista de Bernat, dicho punto diecinueve consistía en la lectura de tirón de *Muerte en Venecia* de Thomas Mann en el parque de la Ciutadel-la tumbado sobre el césped bien cuidado de unos jardines que se poblaban de malabaristas amateurs, percusionistas agotadores, paseantes que intentaban buscar parecidos a la única nube algodonosa que oponía resistencia al sol en el cielo barcelonés y jubilados que se sabían de carrerilla la

alineación del Barça de Kubala y del de Cruyff, en definitiva gente que debía tener una liquidez monetaria similar a la suya.

Cuando le quedaban pocas páginas para descubrir el desenlace que le esperaba a Tadzsio decidió dar un pequeño paseo para desentumecer la pierna izquierda, ya que en según que ocasiones Thomas Mann es capaz de dormir lo que se le ponga por delante. La atmósfera decadente veneciana y los primeros efectos de la polinización le impelieron a eliminar la modorra que le estaba dominando, paseando sin prisa y sin rumbo fijo hasta que divisó el Umbracle, esa construcción lígnea que retrotrae de manera directa al siglo XIX y a la burguesía catalana, cuya función era crear un edificio en el que se desarrollasen los árboles tropicales que se encuentran en el interior de la selva. El común de las personas están equivocadas piensan que la sociedad proveniente de la industrialización se comprende en los edificios del Paseo de Gracia o en Foyer del Liceu, pero eso es porque no has visitado el Umbracle con un ejemplar de *Muerte en Venecia* entre las manos. Alberto observaba con fascinación las líneas curvas y sus apoyos en forja al mismo tiempo que se le erizaban los pelos del brazo por la fría temperatura del interior. Allí en el penúltimo reducto decimonónico de occidente encontró a Natalia sentada en el único banco que había en todo el recinto. No estaba sentada de una manera ortodoxa, tenía su fina espalda apoyada sobre el respaldo, pero sus rodillas dobladas permitían que sus piernas frágiles, que se suponían debajo de unas medias semicaladas de tono oscuro, descansaran sobre los listones que necesitaban una nueva capa de pintura. Alberto que acababa de leer diez minutos antes la historia de un viejo verde que se cuelga por un muchacho polaco y no hace más que reflexiones sobre la belleza, quedó impresionado de la perfección del momento, sobre todo por el detalle del rayo de sol que se colaba por la rendija que dejaban dos cuadernas de la cubierta y le iluminaba el inicio de la nuca.

Por supuesto que Natalia no era la muchacha más atractiva que había visto nunca, ni siquiera la más guapa que conocía en carne mortal; pero en ese momento supo que jamás iba a estar tan cerca del concepto de belleza. El flequillo negro se posaba sobre a frente de una manera demasiado sensual. Un bucle travieso se había convertido en una celosía ideal para susurrar sin ser visto palabras esdrújulas en un tono casi inaudible. Sus ojos verde intenso casi como el vidrio de las botellas de agua *Perrier*, que miraban una fruta que parecía un híbrido entre una pera y una manzana, pronto repararon en el chico con pinta de cultureta que quería adoptar una pose intelectual de manera deliberada.

Alberto desde que vio a Natalia tuvo el presentimiento que entre ambos iba a establecerse algún tipo de vínculo, pero le dio muchísima pereza tener que comenzar con todos los preliminares estereotipados del ritual de cortejo; aun así si quería seguir adelante no le quedaba otro remedio que comenzar una conversación, por lo que se acercó a donde estaba recostada Natalia y utilizó el manido recurso de dejar caer *Muerte en Venecia* justo delante del banco en el que Natalia emulaba a Paulina Bonaparte. Antes de que Alberto se agachase a recoger el libro de Thomas Mann, Natalia arqueó su muñeca con la fruta asida entre sus dedos ensortijados y dijo:

-Niño, ¿de verdad pretendías ligar conmigo con ese ridículo truco de tirar un libro a mis pies? Espero que seas un poco original y no me hayas intentado agredir con Neruda-

Alberto quedó más impresionado por la reacción de Natalia que por la espectacularidad del Umbracle.

-Lo siento, pero pensaba que las chicas interesantes eran más fáciles de impresionar. En mi defensa he de presentar la siguiente prueba-. Le enseño la portada sobria de la edición que había adquirido a un precio bajo en una librería de viejo cercana al mercado del Born. –No es mucho mejor pero tiene su explicación- Sacó del bolsillo trasero de su pantalón un DIN-A4 reducido en pliegues infinitos –Esto es la lista Bernat, sesenta y seis actividades de coste reducido que un grupo de desesperados de la vida intentamos poner en práctica de vez en cuando. Fíjate en el punto diecinueve.-

Natalia alargó su mano derecha y miró con tranquilidad el papel que le había acercado Alberto. –Las tienes que cumplir en el orden establecido o se puede improvisar-

-No hay reglas establecidas, pero hasta el punto número veinte he cumplido casi todos-.

-Así que has hecho figuras complicadas de papiroflexia, has recorrido la calle Balmes en ambas direcciones dos veces seguidas y has ido a contarle chistes a Copito de Nieve al zoológico-

-De todas mi favorita es la cuadragésimo tercera, estoy recolectando cucharillas de cafés emblemáticos en un arrebato cleptómano, preferiblemente si se trata de alpaca o plata

-¡De qué vas!

Alberto sacó una cucharilla de plata, la cazoleta resplandeció al incidir sobre ella el rayo de sol que se colaba en el interior del edificio con funciones botánicas.

Demostró la cucharilla y la marca del platero que se encontraba en el reverso de la empuñadura, Natalia la cogió con delicadeza como si pensase que se podía partir con el sólo contacto de sus dedos, su otra mano todavía sostenía la pera *shinserki*. Se la devolvió después de haberla contemplado con detenimiento, mientras sus ojos verdes y sus labios carnosos adoptaban una mueca de incredulidad llena de expectación. Alberto cogió la cucharilla entre tres de sus dedos y la puso en contacto con el inicio de su cuello. Comenzó a moverla con suavidad causando cosquillas placenteras en Natalia, que reclinó con suavidad la cabeza hacia atrás al mismo tiempo que lanzó un tenue gemido de aceptación. Alberto sin mediar palabra iba trazando espirales maliciosas que se acercaban irremisiblemente a las estribaciones de los pechos. Los pezones de Natalia adquirieron el volumen de dos moras jugosas que esperaban con calma que el canto del cubierto argénteo jugase con sus perfiles. Antes de satisfacer ese deseo mutuo Natalia dejo caer la pera al suelo, hecho que alegró la tarde a las hormigas residentes en la Ciutatdel-la. Alberto aprovechó la situación para explorar las muñecas de Natalia e ir subiendo poco a poco por la parte anterior de sus brazos hasta detenerse a pocos centímetros de su axila. Natalia acercó su cara con la intención de besar a Alberto pero a escasos milímetros de la unión de sus bocas y de la punta de sus narices, a esa distancia en la que los amantes se convierten en cíclopes Alberto la detuvo. Estuvieron sintiendo el resuello el uno del otro mientras Alberto continuaba su singladura por todos los poros de la piel de Natalia. Cuando le tocó el turno al trozo de cintura que quedaba al descubierto entre la falda plisada y una camiseta de Custo, Natalia cerró los ojos. Alberto le propuso al oído que si quería ir a otro sitio en el que gozasen de mayor intimidad.

-No, quiero quedarme aquí-.

Alberto asintió con los ojos, con la boca y con un movimiento circular de su cuello; deslizó su mano debajo de la falda negra con pequeños motivos blancos y comenzó a mover la cucharilla como si intentase disolver dos terrones de azúcar moreno en un té que se ha servido en una taza de porcelana. Natalia intentó tocar a Alberto que se lo impidió en todo momento

Tras un par de infusiones tuvo lugar una presentación formal entre ambos, poco fluida pese al momento que acababan de vivir. Se enteraron de aquellas maneras de aspectos poco comprometedores de cada uno, hasta que Natalia le besó en el lóbulo de la oreja y le preguntó que si quería quedar con ella mañana, porque tenía que irse a clase en el conservatorio.

-Adios, mañana quiero otro encuentro. Elige el sitio.

Alberto vaciló unos instantes pero enseguida contestó -Nos vemos mañana a las cinco en el pabellón de Alemania de Mies Van der Rohe.

En este punto terminó la primera confesión que Alberto realizó en el apartamento de J.J.. Robledo que se había despertado a la altura del Umbracle reclamaba con insistencia de Alberto repitiese los pasajes que se había perdido al principio. Alberto no lo hizo pero les prometió que en la próxima cita gastronómica les relataría un encuentro que tuvo con Natalia siete años después de su primera experiencia en el parque de la Ciutadel-la. Él se encargaría de la elaboración de la comida y a los postres con el tradicional panqueque de Fantoba les daría más detalles que inflamarían su imaginación, ya inflamadas por lo natural.

Nada más bajar a la calle Alberto se arrepintió de todo lo que les había contado, sin embargo sabía que disfrutaba contando todo lo que estuviese relacionado con Natalia, ya que era la única manera de revivirlo.

Cuatro semanas después Alberto se encargó de confeccionar el delicioso menú que iba a servirle de excusa para su exhibicionismo oratorio. Preparó una ensalada de borrajas y *lollo rosso* con perdiz y *entier de fois* para primer plato, un guiso de faisán con setas del valle de Benasque acompañado de láminas de gelatina de eneldo se convirtió en el segundo, todo ello regado con un par de botellas *Grand Cru de Morgeot* proveniente de la Borgoña francesa de una localidad muy cercana a Beaune. Mientras comían, J.J y Robledo intentaron en vano que Alberto les adelantase detalles de su relación con Natalia, pero fueron intentos vanos. No fue sino al sentarse en el desvencijado orejero, en su trono de bardo autobiográfico cuando retomó la narración de su historia con Natalia.

Les contó a grandes rasgos que estuvieron saliendo juntos tres semanas antes de irse a vivir juntos durante cuatro meses a un pequeño apartamento en la calle Montcada. Natalia era músico, tenía la carrera de violoncelo, mientras vivieron juntos fueron dos jóvenes apasionados que hacían el amor dos veces al día e intentaban robar cucharillas de plata donde les fuera posible, pero Natalia era una violoncelista excepcional, tanto que todo los conocimientos que podía adquirir en España los sobrepasó allá por los meses en los que se fue a vivir con Alberto, quien se quedaba dormido en la cama mientras Natalia tocaba desnuda oberturas de operas italianas. Natalia se estaba estancando en su progresión por lo que decidió de una manera inapelable dejar a

Alberto y trasladarse a Holanda para continuar su formación en el mundo de la música de cámara.

Alberto omitió en su relato todos los detalles relativos al dolor que sintió y a la inocencia que se quedó olvidada entre las sábanas arrugadas de la calle Montcada, en las que soñaba con jóvenes intérpretes que le estrangulaban con su arco.

Estuvo tres años sin tener noticias suyas, vio su foto en la portada de un DVD de música barroca un día que se confundió de pasillo en la Fnac y tardó cuatro años más en verla. El reencuentro tuvo lugar en Zaragoza, Natalia había venido a visitar a su madre, que se había sometido a una intervención de cataratas, estaba convaleciente en su viejo piso del Arrabal. Ella se había casado con un director de orquesta de cierto prestigio internacional, que no había podido venir a ver a su suegra puesto que se hallaba de gira por Filipinas. En su segundo día de estancia coincidieron en la calle don Jaime, tras un breve saludo Alberto alzó la mano derecha, paró un taxi, invitó a subir a Natalia y le dijo -LC4-

Ella sonrío y le contestó

-Esa no estaba en la lista de Bernat.-

El taxista les dejó en el dúplex de Alberto. Subieron al apartamento cerraron la puerta y comenzaron a besarse con fuerza, con una fuerza no exenta de violencia, como si ambos se atacasen con los labios echándose en cara todo lo que les había pasado en sus vidas durante siete años.

-Nos queda esta última fantasía, una vez que la llevemos a cabo no tendremos que volver a vernos- dijo Natalia

Alberto la llevó al salón y le mostró la *Chaisse longue LC4* de Le Corbusier, construida en 1927 con respaldo y cojín de cuero sobre un soporte tubular de acero cromado, uno de los iconos del diseño del siglo veinte, lecho imaginado en los polvos de la primavera de siete años antes. La dejó sentada en la LC4, encendió unas cuantas velas que se convirtieron en la única iluminación de la sala y se dirigió al equipo de música para introducir un disco de Eva Cassidy, que se había convertido ya en el piso de la calle Montcada en testigo ciego de su pasión. Volvió a la sala con una bandeja de alpaca plateada con unos cuantos *Marrons Glacés* que ocultaban el arranque de sus iniciales grabadas en el fondo. También llevaba una botella de cava introducida en una cubitera repleta de hielos, un fino pañuelo de raso completamente negro y la misma cucharilla que los había unido en el Umbracle. Natalia conocía el guión de la fantasía no en vano era un constructo de ambos, así que no se sorprendió cuando Alberto le tapo los

ojos con el *foulard* de raso y comenzó a desnudarla a ritmo de las frases de Eva Cassidy. Posaba sus manos rozando con las yemas de sus dedos todos los puntos erógenos que no había podido olvidar a pesar del transcurso del tiempo. La desnudó por completo a excepción de dos medias negras que le ceñían la parte interna del muslo y la acostó en la *chaisse longue*, acto seguido le ató sus manos a los tubos de acero con las propias correas de cuero que sujetaban el cojín, luego descorcho la botella de cava, le roció el cuerpo con el líquido frío que le hizo estremecerse y acelerarle la respiración, después le distribuyó castañas glaseadas en lugares estratégicos que iba recogiendo con la cucharilla, metiéndoselas en la boca para luego compartirla en un profundo beso. La puesta en escena se alargó por más de tres horas, cuando Natalia abandonó la casa de Alberto ya no quedaba más del día que su recuerdo y el calor residual que se había concentrado en las aceras.

Alberto terminó su relato con el último trago de un Calvados. Les aseguró que al igual que el intenso licor de manzana galo, sus confesiones sobre Natalia habían acabado, por su parte no iba a volver a mencionarla. Robredo y J.J. no le hicieron preguntas al respecto, aunque a veces cuando estaban los dos solos bromeaban de lo que ellos consideraban una invención de Don Juan mentirosillo.

Llovía sin querer. Caían gotas tan finas que eran casi imperceptibles, ni siquiera producían sensación de humedad sobre el rostro, a pesar que el otoño estaba bastante entrado. La gente se cansaba de abrir y cerrar los paraguas pensando que ya había dejado de llover. Alberto Negro se resguardó en los porches del paseo Independencia, no tenía prisa por llegar a su cita con un promotor inmobiliario. Iba observando los peatones que como él se guarecían del calabobos, a la altura de la Librería General de fijó en una de las marquesinas de los porches en la que se anunciaba un concierto de la orquesta de cámara de Ámsterdam en el Auditorio, tuvo una erección y no pudo dejar de pensar en su cucharilla de plata.